

Ya cayó la Casa del Martillo Justo,  
cuando la razón apagó la llama de la pasión.  
Los templarios de Tyr, con balanza vacía,  
cedieron al peso de un dios debilitado.

Ya se cerraron los altares y las bibliotecas,  
pues el hierro fue más fuerte que la fe.  
Las campanas de fortuna callaron en la aurora,  
y la suerte se tornó ceniza en la lengua del creyente.

Ya el pueblo gritó contra sus héroes,  
culpándolos de atraer ruina en cada paso,  
y la ciudad se quebró en miedo y sospecha.

Y aún más: el dragón de plata rompió su máscara,  
su nombre falso cayó como escarcha al suelo.  
El hermano callado habló al fin su verdad,  
y en su garganta ardió la tormenta de hielo.

Mas no creáis que fue libre:  
lo escrito no puede romperse.  
Pues hasta su rugido fue forjado en el diseño del Arquitecto,  
y en cada astilla de su alma danza mi voluntad.